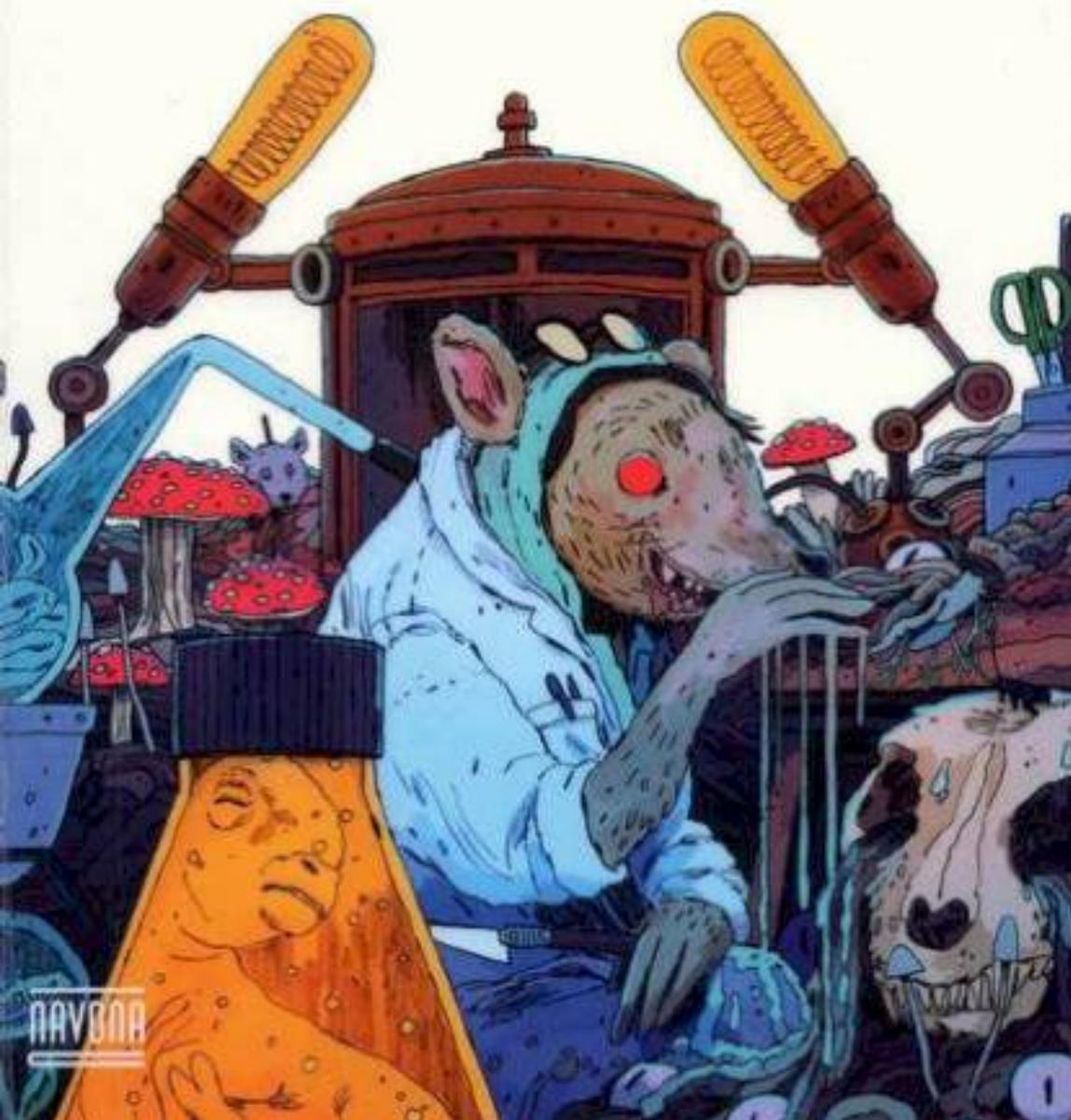


WILLIAM KOTZWINKLE

# DOCTOR RAT

Traducción de ANTONIO GARCÍA MALDONADO



NAVONA

# DOCTOR RAT

Doctor Rat es una novela maravillosa, una acusación pero también una celebración lírica, un viaje por el laboratorio digno de un médico loco nazi, a excepción que este doctor es un roedor espabilado que podría haber interpretado el mismo Groucho Marx.

Título Original: *Doctor Rat*  
Traductor: García Maldonado, Antonio  
©1976, Kotzwinkle, William  
©2016, Navona Editorial,  
ISBN: 9788416259632  
Generado con: QualityEbook v0.84  
Generado por: oleole, 10/10/2017

# William Kotzwinkle

# Doctor Rat

TRADUCCIÓN de Antonio García Maldonado

Ж

En la colonia me conocen como Doctor Rat. Pese a haber estado en este laboratorio durante tanto tiempo y haber sido estudiado tan meticulosamente, lo cierto es que no me han concedido otra seña de distinción que un tatuaje en el interior de la oreja, una marca que comparto con las demás ratas. Algunas lucen un tatuaje y un corte en forma de V en la oreja. Algunas tienen tres o cuatro cortes en la oreja, pero eso no quiere decir que hayan sido tan analizadas como yo. Significa que les han extirpado el hígado (un corte), que les han extirpado el hígado y la glándula pituitaria (dos cortes), hígado y glándulas pituitaria y pineal (tres cortes), etcétera. Cuando te extirpan el corazón ya no hacen falta más cortes, ¡ja, ja!

Después embotellan tus huesos. Embotellan tus huesos.

Pero he llegado a disfrutar del olor del formaldehído — una solución al 5 por ciento es la indicada para extraer todas las partes blandas del cuerpo de una rata—. Sí, el olor

le resulta placentero a mi nariz porque sé que no se trata de mis huesos.

Desde mi plataforma en este laboratorio puedo ver todo el proceso. Acaban de sumergir a una rata en el formaldehído. Todas las partes blandas de su cuerpo pronto se desprenderán. Después, con una sencilla solución de sodio carbonatado, lejía en polvo y agua será suficiente para arrancar los trozos de músculo y grasa que hayan podido quedar. No es muy costoso. Claro que para la rata que lo vive el coste es total, pero qué más da, ¡ya es libre!

«La muerte es la libertad» es mi lema. Hago todo lo que puedo por mis ratas dándoles los mejores consejos. Porque a fin de cuentas la Solución Final (formaldehído al cinco por ciento) es la muerte, y la muerte es la libertad.

Mi caso no es tan raro. Me estaba volviendo loco en los laberintos. Ya no sufro los principales síntomas: no tiemblo, ni giro sobre mí mismo, ni doy mordiscos, pero me ha quedado la afición curiosa y demente de escribir canciones y poemas. Obviamente es algo que está fuera de lugar en un ambiente científico y hago todo lo que puedo por refrenar mi inclinación para así volcar todas mis fuerzas en artículos basados en datos y hechos. Me gusta pensar que son la ultimísima palabra sobre el comportamiento animal.

Y, ¿cómo no iban a serlo? Estoy al día de todos los programas sobre comportamiento animal. Ahora mismo tiene lugar un interesante experimento en el laboratorio: una rata joven acaba de ser colocada en una pequeña platina metálica; unas chinchetas le mantienen bien sujetas las patas traseras; las patas delanteras están levantadas y atadas por encima de la platina metálica, de tal forma que permanece en posición vertical. Sus ojos miran a un lado y a otro. Desde aquí se escucha su corazón desbocado, y me dirijo a ella para darle apoyo moral:

—No se preocupe, querida rata, será breve.

—¿Qué me están haciendo?!

—Nada que no nos vayan a hacer a las demás antes o después, hermana. Recuerde el eslogan: «La muerte es la

libertad».

—¡No quiero morir!

El Sabio Profesor, que dirige los muchos y variados experimentos en nuestro laboratorio, se ha acercado a la platina. Con cuidado y pericia, procede a la punción cisternal para extraer el líquido espinal de la rata. Ahora sí que se quiere morir, os lo aseguro.

«¡La muerte es la libertad, hermana!»

Ahora embotella sus huesos. Embotella sus huesos.

Su líquido espinal es examinado por uno de nuestros investigadores adjuntos y después el adjunto lo vierte en la pica. Cada día hace mejor este experimento. Observar a los jóvenes y prometedores científicos y destacarlos en mis informes es parte de mi trabajo. Al principio, al chaval le temblaban las manos de los nervios. Como si fuera una rata joven a punto de ser castrada —aquellas que pesan más de treinta gramos son desechadas al nacer—. Pero tras practicar con cincuenta y cinco ratas, el chico es realmente bueno. Con una sonrisa de satisfacción por el deber cumplido, lava el tubo de ensayo.

Ahora, más cerca, en un termo con hielo, verán cómo llevan a varias ratas jóvenes hasta los 2 grados centígrados bajo cero.

—¡Doctor Rat, nos co-co-co-congelamos!

—Así es, amigas, y pronto serán ca-ca-ca-castradas, como lo fui yo. Pero no sentirán nada. Tendrán los testículos dormidos y saldrán sin problema.

—¡Por favor, Doctor Rat! ¡A-a-a-ayúdanos!

—Queridas amigas, no se preocupen. Una vez les hayan quitado sus pe-pe-pelotas les sacarán la fo-fo-foto para el informe, que se verá en todo el mundo.

De esta manera infundo ánimos en el laboratorio y ayudo a mis compañeras ratas a comprender la importancia de su papel en asuntos de relevancia mundial.

Ahora me gustaría cantar *Tres ratas ciegas*. Es parte del programa musical experimental que se está llevando a ca-

bo con algunas ratas, con objeto de hacerlas más dóciles y cariñosas. Algunas de ellas han comenzado a acariciarse mutuamente, e incluso una lo hacía con un sorprendente movimiento rítmico de la cola.

En la jaula que hay junto a ellas hay tres ratas ciegas. En realidad tenemos veintitrés ratas ciegas que forman parte de un experimento nuevo y extraordinario que ha ideado un estudiante muy ambicioso, a quien destacaré en el próximo informe mensual. Es un chaval sensible, y gracias a su exquisita sensibilidad concibió la idea que se ha convertido en el último grito del laboratorio: la sorprendente retirada de los óvulos de una rata hembra y su injerto en distintas partes del cuerpo de una rata macho: en la cola, en la oreja, en el vientre... Y durante los últimos veintitrés días se los ha estado injertando ¡en los globos oculares! Así que ya es hora de que le cantemos su canción al prometedor científico. Me acerco al centro del laboratorio y subo por la Escalera de los Premios, desde donde puedo ser visto nítidamente por todos.

—Hermanos y Hermanas Ratas, miembros del coro, me gustaría que cantáramos *Tres ratas ciegas* como parte de nuestro programa de investigación. Cantemos:

*Tres ratas ciegas  
Con los ojos fuera.  
Miren cómo corren.  
Miren cómo corren.  
Todas vamos tras el investigador carnicero.  
El que cortó las colas con cuchilla de barbero.  
¿Vieron alguna vez algo tan certero,  
Por tres roedores ciegos?*

Las voces de las ratas de la Jaula del Dolor Hemorrágico están verdaderamente conseguidas. En unos instantes verán a una de ellas en conserva. Si se deja durante demasiado tiempo en la Solución Final los huesos más pequeños acaban por desintegrarse. Pero si se sacan a tiempo y se

raspan y frotan quedan relucientes, y al Sabio Profesor le gusta verlos así. Siempre hay que limpiar bien los huesos. Así tiene la sensación de haber hecho un trabajo completo y satisfactorio.

¿Por dónde iba? Ah, sí, por el joven de los globos oculares de las ratas. Sin duda va a ser el protagonista de uno de los artículos más llamativos del año. El que se ocupa de la extirpación del estómago y la posterior unión del esófago y el duodeno.

¿Es un grito eso que acabo de oír? Oh, du, du, du, duodeno, con la decapitación como último paso del proceso. Quiero estar seguro de que todas mueren en calma, sin rastro de miedo o estremecimiento, para que los jóvenes científicos puedan despacharlas pulcra y rápidamente. Recuerden que los rayos X se pueden extraer de la rata después de su sacrificio mediante un corte en la cabeza con una sierra afilada o una navaja, tras lo cual se procede a trocear el cadáver en cuatro partes con una cuchilla.

¿No es eso un grito?

¿Es un grito eso que oigo?

Justo al final de la fila de jaulas. ¿Deberíamos continuar y tomar algunas notas? «¡Socorro! ¡Socorro!»

—Por favor, jóvenes compañeras, no hay por qué agobiarse tanto por su humilde contribución a la ciencia. Permítanse unos bocados de galleta antes de morir. Coman copiosamente y recuerden: «¡La muerte es la libertad!».

—¿Qué es lo que van a hacerme, Doctor Rat?

—Permítame que consulte mis apuntes..., sí, aquí está. Será la décima rata de la semana a la que se le extraen los sesos con un tubo neumático.

«¡Socorro! ¡Socorro!»

Consuelo a mis queridas ratas como puedo. Claro está que es algo que requiere comprensión psicológica. Y habiendo sido arrastrado a la locura, tengo el suficiente bagaje psicológico.

## Ж

Todos lo olíamos. Cada perro de la zona lo tenía enseguida en el hocico. Me encontraba fuera, echando la mañana. Mi dueño siempre me dejaba hacerlo, durante una hora más o menos, que solía aprovechar dando vueltas por el barrio, pero siempre a la distancia de un silbido. Cada vez que oía ese silbido volvía raudo a por un hueso delicioso. Pero aquella mañana fue diferente.

Hay muchos olores en el mundo, buenos, malos, pero solo uno como este, solo un olor es inevitable, de lo dulcemente grato que resulta.

No proviene de un desagüe o de alguna comida o del calor de una hembra; no llega desde ninguna planta ni del agua o del fango. Estaba echado en el callejón cuando lo percibí en el aire. ¿De dónde provenía? Levanté la nariz y recorrí lentamente la calle en busca de la dirección.

Lo seguí. Habría sido imposible no hacerlo. Lo dejé todo y corrí. Huesos deslumbrantes, copiosos desayunos, caricias amorosas, nada era comparable a esa esencia familiar y efímera. No se la pierdan, no lo hagan, ninguno de ustedes. Huélanla, allí, a la vuelta de la esquina, allí, en la calle, persígana, sigan su rastro, identifíquena entre el resto de los olores. Hagan lo que sea para disfrutar de esa esencia.

Se pasea por la ciudad, recorre los callejones y se esparce entre las calles para volver a los callejones arremolinándose. Ciertos olores se le asemejan, aunque vagamente y sin la aplastante fuerza que ahora nos abruma. El olor de la cera de las velas ardiendo, el del río al alba... son aproximaciones débiles que, sin embargo, sugieren un olor cuya naturaleza está hecha de las promesas más tentadoras que insinúan la delicada quema de la vela y las nieblas errantes de un río. Es como si, desde que fuera una cría, tuviera una

especial sensibilidad hacia ese olor, cuyo contacto abre rincones secretos en el corazón. Pero antes de que pudiera sumergirme en dichos rincones, el olor se iba y me quedaba junto a un cubo de basura, o sobre un montón de hojas húmedas, reprochándome mi imaginación.

¿Acaso estoy soñando ahora?

Por todos lados, a mi alrededor, ¡perros y más perros en jauría! Estamos a las afueras, corriendo por las últimas y desvencijadas calles de la ciudad, donde perros miserables y hambrientos se unen a nosotros desde casetas pequeñas con techo de alquitrán. Son flacos y ágiles, pero su ánimo está tan alto como el del más puro pedigrí entre nosotros, porque unos cuantos hay.

Sí, se ven todo tipo de collares resplandecientes y placas relucientes. Tanto los perros de la alta sociedad como los chuchos se sienten atraídos por este poderoso señuelo. Juntos, todos juntos. Oh, qué maravilloso es este vagabundeo con la cola en constante movimiento y el hocico alzado, y con ese olor a nuestro alrededor.

Ahí están los sabuesos. Han sido los primeros en llegar al punto de encuentro, sabuesos de todas clases corretean de acá para allá por el descampado a las afueras de la ciudad. Llevan la nariz pegada al suelo y ladran a una criatura más veloz que ningún zorro o conejo, una criatura que no puede verse, que solo se hace presente a través de su olor. Los beagle aúllan y dan vueltas en círculo, los perros de caza van por todas direcciones, pues el olor lo impregna todo. Llegan ahora los demás perros al descampado: collies, bulldogs, terriers y galgos, pekineses con patas diminutas, san bernardo con zarpas enormes, y chuchos de toda clase y tamaño.

En la ladera que da al terreno veo gatos callejeros rondando nerviosos de un lugar para otro, mirándome. Y de los extremos del solar, escrutando a través de las hierbas, aparecen multitud de ratas, ratones y topos. Todos han percibido el olor. Los humanos no pueden hacerlo por falta de entrenamiento de la nariz. Pero nosotros, los animales, nos

hemos familiarizado con él, sobre este descampado, mientras nos reunimos en este mar de colmillos y pelos.

Buscamos entre nosotros a los jefes, a esos perros que deben ser capaces de interpretar los matices del olor e informarnos más sobre él al resto del grupo. Del bosque junto a la ciudad llegan los perros salvajes.

## Ж

—¡Perro mentiroso!

Tenemos varios perros así en el laboratorio, chuchos callejeros que tratan de inflamar a nuestros jóvenes con monsergas revolucionarias. Obviamente, les cortamos las cuerdas vocales apenas llegan al laboratorio, pero con eso no basta, pues, como estoy seguro de que han advertido, nosotros los animales tenemos una comunicación no verbal basada en impulsos sensoriales más sutil que el lenguaje.

No me he cansado de sugerir al Sabio Profesor que las ratas deberíamos tener nuestra propia ala, pero no ha accedido. Todos los animales están en esta única sala enorme, y puede que paguemos un alto precio por ello. En nuestro actual estudio sobre los golpes de calor estamos utilizando a un perro mestizo que trajeron de algún callejón, y que está hasta arriba de propaganda pernicioso. Lo tienen encadenado a una cinta de andar dentro de una jaula con calefacción. Corre sin parar, día tras día, hacia su muerte, que puede llegar en un momento muy oportuno para mí. Ojalá cayera muerto de calor en este mismo instante, así me ahorraría tener que escuchar sus tonterías.

No para, día y noche, y podemos ver sus cambios. Es mudo, pero usa hábilmente la longitud de onda intuitiva para propagar sus cobardes mensajes. Seguro que los no-

tan en el ambiente. Su imaginación es extremadamente fina y sugerente. Aquí hay una rata, que hará una contribución real a la ciencia cuando le seccionen la tráquea, tras lo cual se convertirá inmediatamente en un nuevo mártir revolucionario. Todo su cuerpo se recubrirá con una sensación de libertad. Dichas sensaciones, de más está decirlo, no se pueden permitir.

—¡Buenas tardes, Sabio Profesor!

Aquí llega de nuevo el Sabio Profe, pero por supuesto él no escucha mi saludo, porque su longitud de onda intuitiva está enquistada. Es una pena porque a veces tengo que llegar hasta él para decirle que hay elementos revolucionarios en el laboratorio.

Oh, aquí llega su encantadora ayudante, con el pelo largo y rubio, suavemente rizado sobre los hombros. Sin duda consideraría la idea de copular con ella. Le temblarían los oídos mientras yo le acariciaría el cuello y, tras aplicarle estimulación con los dedos en la pelvis, la espalda se le curvaría en un espasmo, entregándose como ocurre con mi conocido test de cópula-respuesta. Los genitales se mostrarían con su característico color azul, a juego con el de los ojos, y correría sin pausa en la rueda, presa de la excitación, me miraría con aprensión porque no ignoraría que yo, un fornido macho blanco, intentaría copular setenta veces en veinte minutos, aunque solo eyacularía una o dos, ¡ja, ja!

Creo que me he ganado ese derecho. Después de haber sido castrado al nacer, no tengo conocimiento de primera mano en la materia. Naturalmente, mantengo los ojos y los oídos abiertos aquí en el laboratorio y hago meticulosas observaciones de campo cada vez que una hembra comienza a calentar con nerviosismo. Esta rubia que acompaña al Sabio Profesor exhibe todos los signos de entrar en su ciclo de máxima receptividad sexual. Me provoca mareos, hace que corra alrededor de mi plataforma giratoria, dar vueltas y vueltas. Es un disco de metal de doce pulgadas (para saber más, ver mi mencionado artículo, «Ratas en la

rueda», *Rev. de Psic.*, 1963). Está al máximo ahora. ¡El ciclómetro dice que llevo quince vueltas!

Es suficiente para mantenerse en forma durante una temporada. Ahora debo continuar con las rondas. Al ser un Sabio Doctor Chiflado, me han dejado acceso completo a la tabla-laberinto, lo que me ofrece puntos de contacto con casi todas las demás secciones del laboratorio.

—Doctor Rat, me siento raro.

—Por supuesto que sí. ¿No es usted la rata que está siendo permanentemente nutrida con alimentos de todo punto inadecuados?

—Sí, Doctor Rat, pero esto no tiene nada que ver con eso.

—¿En qué semana de la dieta se encuentra?

—En la cuarta.

Según el calendario previsto, tras dos semanas, llega la muerte.

—Yo no me preocuparía por esa sensación, hija. Es probable que solo se deba a la queratinización del epitelio de la córnea. Le impide ver bien, eso es todo.

—Doctor Rat, no es un problema físico.

—Ellos le han metido en el laberinto, ¿verdad? Eso le ha trastornado un poco, imagino. No le dé importancia. Una vez esté completamente loca estará lista para obtener su título en Psicología.

—Doctor, no es un problema mental tampoco.

—¿Ni físico ni mental? Hija mía, ¿qué otra cosa podría ser?

—Espiritual.

—Riñones calcificados y huesos frágiles, eso es todo lo que tiene, tal vez con un poco de hiperirritabilidad.

—No, doctor, le hablo de la parte más profunda de mi ser.

—¿Quiere decir más profundo que a lo que un catéter de goma francesa del 8 con una pequeña cámara puede llegar?

—Más profundo, mucho más profundo.

—¿Está diciéndome, a mí, al Sabio Doctor Chiflado, que hay alguna parte de la rata que aún es desconocida para el hombre?

—Mi luz, doctor, la luz que hay dentro de mí.

—... introducir a través del recto...

—Vi una fuente de luz dentro de mí. Doctor, todos provenimos de esa fuente.

—Provenimos de la cópula, amiga mía. ¿Cuántos años tiene? Qué pena que no haya mejor educación sexual en este laboratorio. Es el resultado de introducir varillas de vidrio en las vaginas de las vírgenes.

—No tengo edad, Doctor, ni tiempo.

La pobre rata mullida me mira con tal brillo en los ojos que estoy seguro de que se los han inyectado con pequeñas cantidades de pentotal sódico. Se aleja cojeando para hablar con las demás ratas, y para contarles su revelación. No tengo tiempo para esas cosas. «La muerte es la libertad», que es la doctrina del todo incluido.

## Ж

Los perros salvajes son nuestros líderes. Dicen que llevan años aquí, que esa es la razón de que haya tantos perros. Ahora paseamos juntos, y nos vamos más allá de los descampados desiertos de los límites de la ciudad, hasta el bosque, con los perros salvajes en cabeza. Aquí muestran su clara supremacía, atravesando la maleza con zancadas rápidas y seguras. Llevan el olor en la nariz, y nosotros también. Hay perros por todos lados, ladrando entre los árboles y los arbustos.